

PARA EL HOGAR

Pláticas á mis Hijos.

EL HOMBRE.

I.

EL hombre fué creado por Dios. No se ha hecho el hombre por sí mismo ni por otro alguno, sino por Dios. Dios lo ha creado todo. Todas las cosas nos sorprenden por su admirable existencia; pero lo que sobre todo nos asombra es el sér del hombre cuya existencia excede en misterios y en partes incomprensibles más que todas las otras creaciones en conjunto. Dios ha creado todas las cosas y en cada una de ellas ha gravado el principio de su poder y su sabiduría infinita de tal manera que ninguna de sus obras se puede contemplar sin quedar penetrados de la gloria y grandeza del Creador. Todas y cada una de las creaturas pregonan con admirable exactitud que el objeto y fin de su existencia es el servir y glorificar á su Hacedor Omnipotente. La existencia del hombre no puede, por manera alguna, sustraerse del mismo objeto, del mismo fin. Necesariamente el hombre está obligado á conocer, amar y servir á Dios para así tributarle toda la gloria que le es debida. Considere todo hombre en donde estaba cien años ha. No hay duda que en la nada. No hay duda que de la nada le sacó Dios. Cuantos habrá de sacar Dios de la nada todavía, indudablemente que serán infinitos los que ha de sacar, pero el hecho de que aun no los ha sacado prueba que á los que ya ha creado los ha preferido á los no creados y esto tiene méritos de reconocimiento y gratitud profundísima. Nada sino el hombre fué hecho á imagen de Dios; y esto sin méritos previos que le obligaran á crearlo con tal carácter. Pregunto: ¿qué fin se propuso el Altísimo para formar una creatura semejante? Clarísima se desprende la respuesta: No para otra cosa, que para conocerle, amarle, hacer su voluntad, servirle y glorificarle. Porque le glorificamos, conociéndole y amándolo; le amamos, sirviéndole; le servimos, haciendo su voluntad, y esta la hacemos cuando procuramos conocer sus mandamientos y los guardamos.

II.

Estaba en el poder de Dios no habernos creado; pero es así que nos ha creado, y el fin que su Magestad se propuso es seguro que fué su honor y gloria. Nadie quiere desacreditarse en lo que hace, y mal podía Dios querer hacer al hombre para su deshonra.

Tan necesario es que nuestro fin sea Dios, como ha sido necesario que el principio de nuestra vida sea Dios. Es lógico que como no podemos tener sér sin El; así no debemos tener sér para otro que para El mismo. Esta es, pues, una obligación esencial; ó por mejor decir, no hay otra que lo sea, según que así lo propone la sabiduría de Dios cuando dice: Temed á Dios y guarda sus mandamientos, porque esto es el todo del hombre. Eclesiastés, 12: 15. Sin la unión del cuerpo y el alma no puede haber vida; de la misma manera no podemos ser hombres sin tener la obligación de servir á Dios. Su Magestad misma, con ser el Todopoderoso, no tiene poder para dispensarnos de la obligación de servirle. Habrá quien diga que Dios no ha dejado en libertad para cumplir ó romper su ley. Ciertamente; pero ¡ay del hombre que use de esa libertad para romper los mandatos de Dios y no para cumplirlos!

III.

Esta es, pues, la única cosa necesaria, de que habla el Salvador; porque el ser rico, sabio, grande y dichoso, no lo es en manera alguna, y sí el servir á Dios. No es necesario que nos mantengamos en este ó aquel estado, empleo ú oficio; pero es necesario que sirvamos á Dios. No es necesario que tengamos salud, placeres, y talentos; pero es necesario servir á Dios y que á El dirijamos todas nuestras acciones. Tal debe ser el término de nuestros móviles, el fin de nuestras obras, sin que haya una sola que no sea por Dios y para Dios. ¡Desdichados de nosotros si llega á encontrar tan sólo una acción en la que no se haya tomado en cuenta el honor del Señor! ¡Cuántos han salido de este mundo sin saber para qué vinieron á él! ¡Cuántos hay ahora que viven al estilo de las bestias sin saber si hay ó